

que el que narra sencillamente. Todas las gracias de la elocucion, todas las formas oratorias, un language figurado hasta cierto punto, y un estilo bastante armonioso pueden encontrar su lugar en la historia, señaladamente en las arengas; si se sabe distribuir todo esto con economía y oportunidad, y si estos atavíos son naturales y no buscados con demasiado estudio.

La dignidad, que es su carácter esencial, es incompatible con los adornos frívolos, la excesiva brillantez, las sutilezas, los juegos de palabras, y los conceptos epigramáticos. El estilo de la historia no ha de ser vulgar, las expresiones no han de ser bajas, y en ella no vienen bien agudezas, chistes ni chocarrerías. Un estilo burlesco, jocoso y satírico que hiciese reír, es incompatible con la gravedad de la historia. El que la escriba debe sostener siempre el carácter de un sabio que habla con la posteridad, y nunca ha de hacer el papel de gracioso ó de bufon. No quiere esto decir que el historiador no pueda variar alguna vez el tono de seriedad, que debe ser el dominante, para hacer sentir, si conviene, las miserias, debilidades, y aun ridiculeces, que suelen andar mezcladas con las cualidades mas nobles y heróicas en el carácter y la conducta de algunos personajes. Pero no debe abusar de esta libertad; y cuando crea útil dar á conocer alguna anécdota satírica haria mejor, dice Blair, en ponerla por nota, que en introducirla en el cuerpo de la obra, exponiéndose á ser demasiado familiar.

Retratos.

Es preciso, dice muy bien Condillac, pintar á los hombres por sus acciones, no de imaginacion; porque los retratos no son interesantes sino en cuanto son parecidos, y es menester mucho juicio para hacer uno que lo sea. Sin embargo, la mayor parte de los que se precian de sobresalir en este género, tienen á lo mas lo que malamente se llama *ingenio*. Andan á caza de *antitesis*, ponen en prensa sus entendimientos para hallar distinciones demasiado sutiles, no piensan mas que en hacer lindas frases, y la única cosa de que no cuidan es de que su retrato sea el de la persona retratada.

Los retratos, dice Blair, son uno de los mas espléndidos y al mismo tiempo mas difíciles adornos de la composicion histórica, porque se consideran generalmente como lo mas delicado de la obra; y un historiador que busca el lucimiento, se expone con frecuencia á dejarse llevar de un refinamiento excesivo por el deseo de mostrarse muy profundo y penetrante. Para esto amontona tantos y tan sutiles contrastes de calidades, que en lugar de caracterizar al personage, solo consigue deslumbrarnos con expresiones relumbrantes.

Por las juiciosas observaciones de estos dos críticos, y las razones en que se fundan, yo aconsejaria á cualquiera que hubiese de escribir una historia, que no se pusiese nunca en el empeño

de hacer retratos formales y extendidos. Los historiadores griegos, como nota Blair, hacen á veces elogios, pero no retratos completos. Tácito tampoco los tiene en el sentido riguroso que en literatura se dá á esta palabra, es decir, que no enumera y reúne en un solo cuadro todas las cualidades morales y políticas de algun personaje: lo que hace es dar algunas pinceladas vigorosas para que se vea su carácter dominante. Y los tan alabados de Salustio no son ciertamente lo mejor de su historia, porque tienen mucho de arbitrarios. En efecto es muy difícil que al hacer el retrato completo de alguno, el autor no sustituya su propia imaginacion á la fisonomía del retratado. Los personajes históricos, igualmente que los dramáticos, se han de pintar á sí mismos por sus acciones y conducta; y no los ha de dibujar la pluma del escritor.

Arengas.

Los historiadores griegos desde Heródoto, y los latinos sus imitadores, insertaron en sus obras ciertas arengas que suponen fueron pronunciadas por algunos personajes en circunstancias importantes; y ó las refieren textualmente, ó dan un breve resumen de su contenido. Las primeras se llaman arengas *directas*, las segundas *indirectas*. Algunos modernos, copiando demasiado servilmente á los antiguos, han introducido tambien en sus obras estos retazos oratorios bajo ambas formas. Y como algunas veces son intempestivos,

y otras conocidamente fingidos , porque los personajes á quienes se atribuyen no pronunciaron ni el discurso que el historiador les supone , ni otro parecido ; se ha suscitado la cuestion de si tales arengas son ó no adorno legítimo de la historia. Unos las reprueban , otros las defienden , y la disputa está todavía por decidir. Sin embargo, distinguiendo los tiempos y las diversas formas de gobierno de los diferentes pueblos cuya historia haya de escribirse ; es fácil resolver la cuestion , y dar reglas seguras para introducir ó no arengas en una composicion histórica.

En los gobiernos en que no hay juntas deliberantes, y en los cuales todas las resoluciones emanan de la autoridad suprema y del solo gabinete; seria ridículo introducir oradores que en discursos formales aconsejen ó disuadan tal ó cual empresa, ó la adopcion de tal ó cual providencia. Mas en aquellos gobiernos en que ó el pueblo entero, ó una junta de sus representantes, ó ciertos cuerpos colegiados deliberan sobre los negocios públicos, y en los cuales es necesario que se arengue al cuerpo deliberante, ya para aconsejarle que tome tal resolucion, ya para demostrarle sus inconvenientes; nadie culpará al historiador porque refiriendo estos debates recapitule lo que en cada ocasion se haya dicho por ambas partes, ó inserte los discursos mismos que se pronunciaron; pero en este caso es menester distinguir de tiempos. Si se trata de juntas deliberantes posteriores al descubrimiento de la imprenta; como

por medio de esta las actas de las deliberaciones se hallan consignadas en los periódicos ó en otras memorias coetáneas, el historiador está obligado para no faltar á la verdad, á dar un simple resumen de lo que en ellas se dijo, ó si quiere referir los discursos mismos, á copiarlos textualmente, ya enteros, ya sus pasages mas notables. Pero si se trata de gobiernos deliberantes anteriores á la imprenta, de los cuales es tan difícil encontrar registros auténticos que hayan conservado las literales discusiones; el historiador puede suplirlas, poniendo en boca de los respectivos oradores, si no sus palabras mismas, lo que verosimilmente debieron decir atendidas las circunstancias. Esto es cabalmente lo que hicieron los historiadores antiguos; y se engañan mucho los que creen que sus arengas son enteramente fingidas. Escriben la historia de unos pueblos en los cuales todo se hacia con arengas, se encuentran en su narracion con hechos en que necesariamente debieron intervenir, y á falta de copias literales de las que se pronunciaron dan las que á su parecer se acercan mas á las verdaderas. No veo por qué se les ha de censurar en esta parte. Quizá alguna vez habrán hecho hablar á un personage en ocasion en que él no habló: yo lo dudo; pero aun suponiéndolo, este caso será rarísimo. En Tucydides, que es el historiador que tiene mas arengas, no hay una sola puesta en boca de un personage que no pronunciase entonces un discurso delante de la junta á quien la arenga se supone

dirigida; y si no dijo literalmente el que Tucydides le presta, debió de decir uno sustancialmente parecido. El mismo historiador nos dice que puso el mayor cuidado en que sus arengas se acercasen todo lo posible á las que fueron realmente pronunciadas.

Por otra parte las arengas de los antiguos tienen la gran ventaja de que en ellas el historiador, sin mostrarse y sin que parezca que lo intenta, nos da noticias muy preciosas sobre la política de aquellos antiguos Estados, sobre los secretos móviles de su conducta, sobre los intereses de los diferentes partidos, y sobre otros objetos no menos interesantes; noticias que con dificultad hubiera podido interpolar en la narracion, sin interrumpirla intempestivamente y con demasiada frecuencia. Sin embargo, como en todo puede haber exceso, no tendré dificultad en confesar que Tucydides multiplicó sin necesidad las arengas directas, que estas son generalmente demasiado largas, y que en varias ocasiones hubiera hecho mejor en contentarse con una breve indicacion indirecta de los puntos capitales contenidos en las que imita.

Reflexiones.

Sobre esta especie de aforismos políticos ó morales con que un historiador puede y debe dar realce á su narracion, es necesario prevenir en primer lugar, que las reflexiones sean nuevas, sólidas, interesantes, profundas, breves, y nacidas

de los hechos mismos. Por consiguiente deben condenarse todas las que, ó sean comunes y trilladas, ó no esten fundadas en la verdad, ó no presenten una instruccion útil é importante, ó sean tan obvias que al lector menos perspicaz se le ofrecerian, ó se prolonguen demasiado, ó no tengan inmediata conexion con los hechos sobre que recaen.

En segundo lugar, las reflexiones incorporadas en la narracion como parte del pensamiento mismo narrativo, hacen mas efecto que propuestas con separacion bajo la forma de aforismo ó sentencia. Por ejemplo, hablando Tácito del odio secreto que Livia y Tiberio tenian á Germánico, y que él principió á traslucir, dice que «estaba acongojado por los odios de su abuela y de su tío, odios cuyas causas eran mas activas porque eran injustas»; *quorum causæ acriores, quia iniquæ*. Esta profunda, nueva, interesante y sólida reflexion, á saber, que el odio de los hombres es mas intenso cuanto mas injusto, hace mejor efecto enunciada de este modo, que si la hubiese propuesto aparte y en forma de sentencia. Al contrario, cuando al hablar del modo con que Domiciano trató á Agrícola, añade: «es propio del hombre aborrecer á aquel á quien ha ofendido.» *Proprium humani ingenii est odisse, quem læsseris*: la observacion es exacta y bellísima, y está bien aplicada, pero el modo de hacerla es, como nota Blair, demasiado abstracto y filosófico.

Finalmente, de cualquiera modo que se propongan, y aunque reunan todas las buenas cua-

lidades indicadas, es menester no prodigarlas con excesiva profusion. El historiador no ha de aspirar á parecer constantemente profundo; basta que se muestre tal de tiempo en tiempo y con oportunidad. Tácito es hasta ahora el primero de los historiadores en esta parte de las reflexiones, y quizá lo será siempre.

ARTICULO II.

Historia ficticia.

Bajo este título se comprenden las composiciones llamadas comunmente *novelas y cuentos*: composiciones que solo se distinguen de las historias verdaderas en que los hechos y sucesos que en ellas se refieren no han pasado realmente, sino que son fingidos por el autor. Sin embargo, esta sola diferencia las constituye en una clase muy diversa; pues en orden á la persona del autor, la circunstancia de ser los hechos fabulosos le exime de casi todas las obligaciones que lleva consigo el cargo de historiador. Ni la instruccion que exigen es tan vasta y la fidelidad tan escrupulosa, ni la eleccion de los hechos tiene otra regla que la voluntad del que los inventa, ni el estilo pide en muchas de ellas un tono tan serio como la historia verdadera. Pero si por esta parte presentan menos dificultades, bajo otros respetos son de muy difícil ejecucion: y así es que entre tantos miles de novelas como se han escrito, hay

muy pocas que puedan llamarse clásicas. Por su naturaleza son composiciones rigurosamente poéticas; y de consiguiente es tan difícil sobresalir en este género de obras, como en cualquier otro de las que se llaman de imaginación. Además, las reglas á que están sujetas son, como vamos á ver, muy severas, y el observarlas no es tan fácil como cree la turba de escritorzuelos que tan osadamente se arrojan á escribir novelas.

Mas antes de pasar á exponer estas reglas diré algo acerca de los diferentes asuntos sobre los cuales se han escrito novelas, y de las varias formas bajo las cuales se han presentado, previniendo antes que las novelas y los cuentos no se distinguen mas que en la extensión. Cuando los sucesos que contienen son muchos y abrazan un período considerable de tiempo, se llaman *novelas*; cuando son pocos y no ocupan mucho tiempo, toman el nombre de *cuentos*; sin que sea fácil, ni muy importante tampoco, fijar con rigurosa exactitud sus respectivos límites, y determinar la extensión que ha de tener un cuento para que merezca ya el título de novela. En esto hay mucha arbitrariedad. También es necesario prevenir que las que yo llamaré siempre *novelas* son las que los franceses llaman *romans*, y algunos de los nuestros con un imperdonable galicismo han llamado también *romances*. Esta palabra está destinada entre nosotros á significar, no historias de hechos fingidos, sino una de las varias formas de nuestra versificación.

NUMERO 1.º

Asuntos sobre que se han escrito historias ficticias, y sus varias formas.

La invencion de sucesos fabulosos, ó para comunicar por medio de estas ficciones alguna instruccion útil, ó para solo entretener la ociosidad de los oyentes, es tan antigua como el mundo: Todas las naciones han tenido desde el primer período de su existencia fábulas, consejas y cuentos de hechos maravillosos con que las familias, reunidas alrededor de sus hogares en invierno, ó tomando el fresco en verano, pasaban entretenidamente una parte de las noches, cuando por lo largas ó calurosas no podia el sueño llenarlas enteramente. Todavía hoy lo estamos viendo en aquellas familias, que por habitar en el campo ó en pequeñas poblaciones, carecen de los recursos que las grandes ciudades ofrecen para distraer y ocupar la ociosidad. ¿Qué sería pues cuando las familias eran independientes, y no se conocia mas sociedad que la doméstica?

Estas consejas, inventadas al principio solo para engañar el tiempo y llenar agradablemente ciertos momentos de ocio, fueron haciéndose mas útiles y adquiriendo mayor celebridad á medida que la civilizacion se aumentaba. Así vemos que desde tiempos muy antiguos se inventaron ya ficciones de varias especies y formas, para cor-

regir los vicios de los hombres poniéndoles á la vista las desgracias á que nos arrastran las pasiones; y que otras mas extensas é ingeniosas, y compuestas con mas artificio, continuaron sorprendiendo la imaginacion con aventuras maravillosas. Estas ficciones domésticas, esparcidas luego por todo el pueblo y comunicadas de boca en boca, formaron por mucho tiempo, juntamente con los cánticos sagrados y marciales, toda la literatura de las naciones en los primeros períodos de su civilizacion, hasta que mas adelantada esta se fueron creando, perfeccionando, distinguiendo y separando unos de otros los varios géneros de composiciones literarias que hoy conocemos.

En este estado, y habiéndose apoderado la poesía propiamente dicha de varias de estas ficciones, los cuentos en prosa formaron una clase á parte, que sobre diferentes asuntos y bajo diversas formas ha continuado hasta nuestros dias, y continuará siempre, ejercitando el ingenio de muchos escritores. Y si estan bien escritos, serán siempre leídos con gusto por toda clase de personas, señaladamente por los jóvenes. Porque el amor á lo maravilloso y el gustar de ficciones ingeniosas no es, como creen algunos, efecto de corrupcion, sino cierta inclinacion natural fundada en la grandeza y dignidad del entendimiento humano. » Los objetos del mundo real, dice » Bacon citado por Blair, no llenan el ánimo ni » le satisfacen enteramente, buscamos alguna cosa

» que ensanche mas el corazon : apeteecemos he-
 » chos mas heróicos y brillantes , acaecimientos
 » mas variados y maravillosos , un órden de cosas
 » mas espléndido , una distribucion mas general
 » y justa de recompensas y castigos que lo que
 » estamos viendo ; y no hallando estas cosas en
 » las historias verdaderas , recurrimos á las ficti-
 » cias.” Así es que todas las naciones las han te-
 » nido y apreciado. Los indios , los persas y los ára-
 » bes fueron todos famosos por sus cuentos : los
 antiguos griegos tuvieron y alabaron mucho los
jonios y *milesios* que ya han perecido , y que se-
 gun la noticia que de ellos queda se versaban
 sobre aventuras amorosas expuestas con demasia-
 da desnudez : y de las muchas novelas que sobre
 el mismo asunto escribieron con mas decencia
 en épocas posteriores , se conservan todavía algu-
 nas , que aunque no perfectas en su línea , no ca-
 recen de mérito , merecen ser leídas , y han ser-
 vido de modelo á varios escritores modernos.

En los siglos medios el sistema feudal , el uso
 de los duelos , el establecimiento de los torneos ,
 la institucion de las órdenes militares , y otras va-
 rias causas dieron origen á un sistema de caba-
 llería andantesca que fué entonces el asunto de
 todas las novelas , en las cuales no se propusie-
 ron sus autores otro fin que sorprender la ima-
 ginacion con aventuras maravillosas , extrava-
 gantes é inverosímiles. Caballeros errantes de va-
 lor mas que heróico y de fuerzas mas que huma-
 nas , mágicos , hechiceras ó hadas , dragones , gi-

gantes, hombres invulnerables, caballos con alas, castillos encantados: tales son las ficciones monstruosas é increíbles que recibia con ansia la grosera ignorancia de aquellas edades, como tan conformes á las ideas supersticiosas que entonces dominaban. Estos delirios alimentaron por algunos siglos la curiosidad pública en casi todas las naciones de Europa, hasta que el inmortal Cervantes, la abolicion de los torneos, la prohibicion de los duelos, la mayor cultura, el renacimiento de la buena filosofía, y la mudanza en los usos y las costumbres derribaron la disparatada máquina de los libros de caballería, y comenzaron á dar otra direccion á las historias ficticias.

En Italia y en España se escribieron primero novelas pastoriles mezcladas de prosa y verso, compuestas mas bien para insertar algunos de estos que sus autores habian compuesto sobre diferentes asuntos, que para presentar una accion verdaderamente pastoril; y al fin pararon en referir aventuras cómicas y truanescas sucedidas á personajes del ínfimo populacho.

En Francia se escribieron novelas que podemos llamar históricas; unas épicas, como el Telémaco, y otras amorosas pero cuyos personajes eran héroes buscados en la historia verdadera. Tales son el Ciro, la Clelia, y la Cleopatra. En estas se desterraron ya los dragones, los nigrománticos, los castillos encantados, y los caballeros andantes. Pero, conservando aun mucho de lo maravilloso, siendo los caracteres violentos, el

estilo hinchado, y las aventuras inverosímiles; era imposible que agradasen por mucho tiempo en un siglo filosófico y de buen gusto. Así, el aplauso que tuvieron al principio fué de corta duracion.

Poco despues tomaron otro aspecto; y de novelas heróico-amorosas vinieron á parar en novelas familiares. Y aunque los primeros ensayos no fueron muy felices, poco á poco se fueron mejorando. En Inglaterra fué donde primero se trató de dar á estas composiciones cierta tendencia moral, y cierto grado de utilidad que antes no habian tenido, y desde entonces su objeto principal fué imitar la vida y los caractéres de los hombres. Se presentaron personajes de la clase media de la sociedad en situaciones extraordinarias é interesantes, por cuyo medio se manifestase lo laudable ó defectuoso de sus caracteres y de su conducta; se procuró hacer amable la virtud, y odioso el vicio; se interesó la sensibilidad de los lectores con pinturas animadas de las desgracias á que el error, ó una fatal combinacion de circunstancias, puede arrastrar aun á las personas virtuosas; se descubrieron los odiosos medios de que los malvados se valen para seducir la inocencia, y se pintó el castigo que tarde ó temprano encuentran los crímenes y los vicios. En suma las novelas tomaron desde entonces un aspecto de moralidad que las hace en el dia dignas de la atencion de la crítica; y las coloca en una clase particular de composiciones literarias sujeta á las reglas que luego veremos. Debo advertir

que en todas las publicadas hasta el último período de que acabo de hablar, conservaron los autores la forma histórica, refiriendo los sucesos en una narracion adornada con arengas, como en las historias verdaderas; pero que algunas de las últimas han parecido en forma de cartas que se suponen escritas por los mismos actores, con cuya ficcion ellos, y no el autor, son los que cuentan los hechos: y esta es la única variedad que han recibido en su forma, de cuyos inconvenientes y ventajas hablaré mas adelante.

NÚMERO 2.º

Reglas de la historia ficticia.

Siendo las novelas composiciones poéticas, y no habiendo sido excluidas de las que se comprenden bajo este título sino porque les falta la circunstancia de estar escritas en verso; es claro que casi todas las reglas á que estan sujetas, serán las mismas que veremos cuando se trate de la epopeya, tragedia, comedia, y fábula. Y como el anticiparlas ahora para omitirlas entonces, seria inoportuno; y el repetir las despues, inútil y fastidioso: solo haré aquí unas cuantas observaciones que mas directamente se refieren á las novelas.

En primer lugar: pues estas, según el aspecto que últimamente han tomado y el único que puede hacerlas apreciables, son verdaderas lec-

ciones de moral, en las cuales por medio de ingeniosas ficciones se trata de inspirar amor á la virtud y horror al vicio, de disipar las ilusiones de las pasiones, y de corregir los defectos menos graves y aun las solas ridiculeces de los hombres; es necesario que ante todas cosas reine en ellas constantemente la moral mas pura, que sus autores no se permitan la menor liviandad, ni siembren máximas que de cualquier modo puedan ser opuestas á las buenas costumbres, que no autoricen errores peligrosos en ningun género, y que al contrario procuren combatir las erradas opiniones de la multitud y las supersticiones populares.

En segundo lugar: como, aun siendo muy ejemplares, serian insípidas si la moralidad no va envuelta en hechos capaces de interesar á los lectores; es indispensable que el autor sepa inventar una serie de sucesos tales, que por su novedad, por lo variado de los acontecimientos, y por las apuradas situaciones en que coloque al personaje principal, es decir, al héroe ó heroína de la historia (porque en estas como en los poemas épicos debe haber siempre un como protagonista) interesen vivamente la atencion, y la mantengan despierta. Para esto es menester que esté dotado de una rica, viva y fecunda imaginación. Cuando se recomienda el interés en las novelas, no se quiere decir que los hechos que se inventen sean extravagantes ó inverosímiles: al contrario.

En tercer lugar: es necesario que la severa ra-

zon y el juicio presidan á la invencion de la fábula, es decir, que los lances sean nuevos pero no increíbles, varios pero no muy complicados, y las situaciones del héroe peligrosas mas no desesperadas, y tales que sin un milagro no haya podido evitar el riesgo que le amenazaba. En suma, es menester no confundir dos cosas que son muy diversas; interesar ó sostener la atencion de los lectores, y sorprender la imaginacion con lo inesperado de los lances y la enredosa complicacion de la fábula. Por no haber tenido presente esta distincion algunos escritores de novelas, como el griego Heliodoro y nuestro Cervantes, no acertaron á dar un interes verdaderamente dramático, ni aquel á su Teágenes, ni este á su Périles. Lo que hicieron fué hacinar una sobre otra aventuras inverosímiles, y sacar á sus personajes de los peligros por medios absolutamente improbables, olvidándose de que este no es el camino verdadero para interesar al lector. Porque si estos disparates pueden por un instante agradar á la imaginacion acalorada, acude luego la razon; y haciendo sentir que aquello no pudo pasar así, destruye toda ilusion y la convierte en desprecio. En estos escritos, mas que en ningun otro, es menester tener siempre á la vista el *incredulus odi* de Horacio. Esto no se entiende con las alegóricas ni con las satíricas. En estas clases, con tal que la alegoría sea instructiva en las primeras y la sátira fina en las segundas, se disimula la inverosimilitud de los sucesos.

En cuarto lugar: es preciso variar y diversificar mucho los caracteres, dibujarlos con mucha exactitud, contrastarlos debidamente, y sobre todo sostenerlos. Y aunque esto es comun hasta cierto grado á todas las composiciones que tienen algo de dramáticas, es decir, en las cuales se hace hablar y obrar á ciertos personajes; es mucho mas importante y necesario en las novelas. En las otras basta delinear sus principales facciones y algo abultadas, por decirlo así, porque han de ser vistos á cierta distancia; en las novelas es menester pintarlos mas individualmente, y señalar bien los perfiles. La eleccion de los caracteres, la habilidad en pintarlos y distinguirlos, y el cuidado en sostenerlos, son las circunstancias que mas realzan el mérito de las novelas.

En quinto lugar: es necesario que el autor esté dotado de una sensibilidad exquisita, fina y ejercitada, para que así pueda pintar toda suerte de escenas patéticas, ya tiernas, ya horrorosas, ya alegres, ya tristes, y conmover por este medio el corazon de los lectores. Esto es lo que principalmente se busca en las novelas morales. Y aunque estas pueden dividirse en tres clases, las *sentimentales*, las *de imaginacion* y las *de costumbres*, y que lo patético es mas necesario en las primeras que en las segundas y terceras; sin embargo, aun en estas se requiere en mas alto grado que en otras composiciones análogas, cuales son la epopeya y la comedia. El poema épico habla principalmente á la imaginacion, procuran-

do excitar la admiracion de los lectores; la comedia se dirige á la razon, haciéndola sentir la incongruencia que se observa entre lo que los hombres hacen y lo que su interes exigia que hiciesen; pero las novelas, aun las de las dos últimas clases, se encaminan mas derechamente al corazon, para hacerle amar lo que es perfecto y detestar lo defectuoso.

En sexto lugar, se debe darlas unidad; para lo cual se observará lo que se dijo de las historias, á saber, que todos los sucesos se refieran al desenlace final, ya sea este feliz, ya desgraciado. La moralidad que resulta del éxito ó desenlace, es el centro al cual deben venir á parar todos los sucesos por divergentes que parezcan; como que no deben ser inventados sino para conducir al héroe á aquella situacion de abatimiento ó de triunfo, de dicha ó de infortunio, de la cual resulta la leccion que el autor se propone dar á los hombres. Los funestos efectos, por ejemplo, de la mala educacion, de la pasion del juego, de un amor inconsiderado, de un matrimonio contraido por miras de interes &c. &c., serian en otras tantas novelas los puntos céntricos á que deberian referirse todos los sucesos esparcidos en el curso de la obra.

En séptimo lugar el estilo ha de ser tan elegante como permita el asunto, atendidas todas las circunstancias. Las novelas son precisamente, entre las composiciones de prosa, las que exigen mayor cuidado en esta parte; y aun en las que

piden el tono familiar es imperdonable el menor descuido, la menor negligencia, el mas ligero desaliño. Porque, como se leen por entretenimiento, lo que principalmente se busca en ellas es el placer. La moralidad misma que encierran y la instruccion que pueden suministrar, serian mal recibidas si no viniesen ataviadas con las galas del estilo. Por consiguiente, al tiempo de escribirlas es necesario tener siempre á la vista cuanto el arte previene en orden á la verdad, solidez, claridad y naturalidad de los pensamientos, á la pureza, corrección, energía y demas cualidades de las expresiones, al buen uso de las formas oratorias, al empleo del sentido figurado, y á la fácil, desembarazada y armoniosa coordinacion de las cláusulas.

Acerca de la forma que puede darse á las novelas escribiéndolas, ó como narracion histórica en persona del autor, ó como correspondencia epistolar entre algunos personajes en la cual el lector vaya instruyéndose de los acontecimientos, caracteres &c.; ya dejo indicado que esta innovacion tiene sus inconvenientes y sus ventajas. En efecto, la forma epistolar hace mas dramática la narracion, el autor no se muestra nunca, los personajes estan siempre en la escena, y por este medio se pueden introducir con naturalidad muchas circunstancias, muchos cabos sueltos, por decirlo así, que en una narracion seguida seria difícil reunir con la accion principal. Pero al mismo tiempo es innegable, que la forma

epistolar obliga tambien á entrar en varios pormenores nada interesantes, á repetir dos veces muchas cosas, y á aumentar inútilmente el volumen con todas las fórmulas epistolares de fechas, cortesías &c. Así, todo bien compensado, me parece preferible la narracion seguida y en boca del autor, variada con los discursos directos de los actores cuando puedan oportunamente introducirse, amenizada con las descripciones que el asunto exija, adornada con episodios ó cortas digresiones que tengan sin embargo estrecha connexion con los hechos á que se refieran, y sembrada de oportunas y juiciosas reflexiones como en la historia verdadera.

CAPITULO II.

Obras didácticas.

Ya dije que bajo este título se comprenden todas « las composiciones en que el autor se propone instruir á sus lectores sobre objetos de ciencias ó artes. » Y aunque tales obras son innumerables, pues la mayor parte de los libros que existen y existirán pertenecen á esta clase; sin embargo, si observamos que todos ellos son, ó disertaciones sueltas sobre algun punto determinado, ó cuerpos enteros y sistemáticos de doctrina sobre una ciencia ó arte en toda su extension, ó sobre alguna de sus partes; y que estos tratados completos son, ó magistrales y dirigidos

á los lectores iniciados ya en la ciencia, ó elementales para instrucción de aquellos que no la han saludado todavía; veremos que las obras didácticas pueden reducirse á tres clases principales: 1.^a disertaciones, 2.^a tratados magistrales, 3.^a elementos.

ARTICULO PRIMERO.

Disertaciones.

Comprendemos bajo este nombre, no solo las composiciones que materialmente tienen este título, sino los tratados sueltos sobre objetos de ciencias y artes, ya sean dirigidos á todo el público, ya presentados ó leídos á un cuerpo literario con el título de memorias. Tales son las de la Academia de ciencias de Paris, la de inscripciones, y otras varias en todas las naciones cultas de Europa: tales los artículos literarios insertos en los periódicos &c. &c.

Acerca de estas obras, todo lo que puede prevenirse á los que quieran escribirlas es, que escogida ya la materia y habiéndola meditado y estudiado muy á fondo, que es lo mas esencial, no descuiden el estilo, creyendo que los engalanamientos y las flores de la elocuencia son incompatibles con la austera gravedad de la filosofía y de las ciencias. Estas desechan en efecto todo adorno frívolo, estudiado, pueril, y relumbrante; pero admiten muy bien, y aun exi-

gen cierta moderada elegancia. Sobre todo, piden el mas alto grado posible de claridad y precision. Y como para que un escrito le tenga, es necesario que el autor ponga el mayor cuidado en la eleccion de los pensamientos y de las expresiones, y en la composicion de las cláusulas; resulta que el que se propone escribir sobre algun asunto científico debe tener muy estudiadas la lengua que haya de emplear y las reglas de la elocuencia, y atender á ellas sin perderlas nunca de vista. No logrará probablemente instruir á sus lectores, el que no sepa empeñar su atencion é interesarlos en el asunto por el modo mismo de presentarle. Un language incorrecto y no castizo, un estilo desaliñado y confuso, unas cláusulas oscuras, embarazosas y mal construidas, harian que el tratado mas importante por el fondo se cayese de las manos. Aun cuando buscamos principalmente la instruccion, queremos que esta nos sea comunicada de una manera agradable, ó que por lo menos no nos fatigue y ofenda. Si todos los que se meten á escribir sobre asuntos científicos observaran con cuidado esta regla; tendríamos sin duda menos obras didácticas, pero las que hubiese serian mas útiles, mas instructivas, y mas léidas. Pero siendo tantos los que toman la pluma sin saber manejarla, no es extraño que entre los innumerables volúmenes que se han dado y dan diariamente á luz sean muy contados los que pueden leerse con gusto.

Mas si muchos escritores didácticos han mi-

rado con desprecio la parte del estilo, y contentos con enseñar verdades han descuidado hacerlas interesantes por la manera misma de presentarlas; otros, al contrario, han puesto en esto demasiado estudio: y llenos de lo que aprendieron en las aulas sobre tropos, figuras y elegancias, han creído que todo escrito debía ser una composición oratoria, y como ellos decían una *oración retórica*, y han recargado sus tratados científicos, particularmente las disertaciones académicas, de figuras muy oratorio-poéticas, como las apóstrofes, exclamaciones, prosopopeyas &c. Este es un error: las formas que convienen á las composiciones didácticas, son las llamadas de raciocinio; señaladamente los símiles ilustrativos, y los ejemplos tomados de los hechos y caracteres de los hombres. Todo asunto moral y político los admite naturalmente: y siempre que son introducidos con oportunidad, hacen buen efecto. Porque, como dice Blair, además de dar variedad al escrito y aliviar el ánimo de la fatiga del raciocinio, convencen mas que los mismos argumentos; pues sacando la filosofía del campo de las abstracciones, hacen en cierto modo sensibles y palpables sus verdades.

ARTICULO II.

Tratados magistrales.

Estos piden ante todas cosas un estilo puro,

correcto, preciso, claro, y limpio de toda superfluidad, y admiten menos ornato que los tratados sueltos y disertaciones académicas. Lo que principalmente requieren es el orden y encadenamiento en las ideas, la claridad del plan, la buena distribución de todas las partes, y el cuidado de no confundir bajo un mismo título cosas que sean realmente distintas. Pero al mismo tiempo deben evitarse las inútiles y demasiado prolizas divisiones y subdivisiones de los escolásticos.

Lo segundo que debe observarse en esta clase de escritos, es no descender á los últimos pormenores, y no recargarlos con aquellas ideas intermedias que los lectores á quienes se destinan podrán suplir fácilmente. Como se les supone instruidos, ó á lo menos bastante iniciados en los misterios de la ciencia; es necesario no entrar en largas explicaciones de lo mismo que saben, ó deben saber.

Lo tercero que debe evitarse, es la pedantesca manía de ostentar erudición. El autor de una obra científica puede indicar en el prólogo las fuentes en que ha bebido y los autores que ha consultado, puede dar una breve historia de la ciencia hasta su tiempo, describir sus progresos, y señalar el punto en que la dejaron sus predecesores; pero llenar de citas y de textos el cuerpo de la obra, y hacer comparecer una multitud de autores para que, según la graciosa expresión de Cervantes, digan lo que él se sabría decir sin ellos, es pueril é insufrible pedantería. Las citas

vienen bien, cuando es necesario apoyar la doctrina ó comprobar el hecho con la autoridad ajena; los textos son oportunos y aun necesarios, cuando otro escritor ha expresado ya tan felizmente el pensamiento que vamos á enunciar, que variando la expresion habríamos de debilitarle.

En cuarto lugar, y por la misma razon, es menester no emplear demasiados términos técnicos de los usados ya, y no introducir otros nuevos sin urgente necesidad. Es ridículo, dice muy bien Condillac, recurrir á una lengua sabia para expresar ideas que tienen nombre en las vulgares. Esto es poner obstáculos al progreso de las ciencias, aumentar su dificultad, y querer persuadir que se sabe mucho cuando se saben palabras.

En quinto lugar, el autor no debe hablar demasiado de sí mismo, como hacen los que malgastan el tiempo y el papel en informar al público de sus estudios, de sus vigiliass, y de los obstáculos que han tenido que vencer; los que hacen la enumeracion de todo lo que en la materia se les ha ocurrido y despues han desechado, y de todas las opiniones que en otro tiempo tuvieron y ya han abandonado; y los que sobre cada punto dan la historia de todas las tentativas que se han hecho y no han tenido el resultado que se deseaba, é indican para cada cuestion muchos medios de resolverla cuando se busca uno solo. Esto, como observa juiciosamente el mismo Condillac, solo sirve para hacer abultado un libro y fastidiar al lector: y si de semejantes

obras se cercenase todo lo inútil, no quedaria casi nada.

ARTICULO III.

Elementos.

Todo cuanto se ha dicho de los tratados magistrales puede aplicarse tambien á los elementos, á excepcion de que en estos es necesario no omitir las ideas intermedias; porque los lectores, que no saben todavía la ciencia, no podrian suplirlas. Es menester entrar en explicaciones mas prolijas, porque se trata con personas que oyen hablar de aquella materia por la primera vez, y para quienes todos los objetos son nuevos: conviene hacer transiciones formales, y no hay inconveniente en dividir y subdividir la materia cuanto sea necesario para que los objetos se presenten con la debida separacion. Pero ademas, hay que hacer sobre los elementos algunas observaciones que les son peculiares.

Primeramente, no solo no admiten las expresiones figuradas, que hasta cierto punto pueden emplearse en los tratados magistrales, sino que desechan formalmente todas las que no sean necesarias para dar á las expresiones un grado de claridad y precision que sin ellas no podria obtenerse. Propiedad en los términos, cláusulas fáciles y claramente construidas, sumo orden y encadenamiento en las ideas; he aquí lo que unos elementos de cualquiera ciencia ó arte exigen mas

imperiosamente que ninguna otra composicion.

En segundo lugar, es necesario no emplear ningun término técnico sin definirle bien y fijar exactamente su significacion; cosa de que en un tratado magistral podemos dispensarnos, porque se supone que los que han de leerle saben ya la lengua de aquella ciencia.

En tercer lugar, no se variará en ellos la acepcion de los ya usados y recibidos, como hacen algunos que creen haber formado unos elementos nuevos porque han alterado la significacion de las voces; de suerte que estando escritos en la misma lengua que los anteriores, parece que son su traduccion y no se diferencian de ellos sino por el dialecto.

En cuarto lugar, los términos técnicos deben irse definiendo á medida que se emplean; y no como hacen algunos que colocan al frente de la obra una larga lista, ó especie de diccionario, de todos los términos usados en la materia de que trata.

En quinto lugar, en orden á las definiciones de los objetos y fenómenos de que se habla, además de no darlas cuando aun no pueden ser entendidas sino cuando por medio de analisis bien hechas se haya facilitado su inteligencia, es menester no empeñarse en definirlo todo. Hay ideas simples que no se pueden descomponer en otras, y de consiguiente no son susceptibles de definicion; y las que se dan como tales, no son mas que oscuras perífrasis, palabras vacías de sentido, y á

lo mas explicaciones de las causas. Así, por ejemplo, es imposible definir el calor. Todo lo que puede hacerse es dar á conocer mas ó menos perfectamente la causa que le produce, á saber, el calórico; pero la sensacion que este produce en nosotros, no admite mas definicion que su nombre mismo.

ARTICULO IV.

Varias formas de las obras didácticas.

La forma mas comun de estos escritos, y la que realmente les conviene, es la exposicion seguida hecha por el autor mismo. Pero como varios escritores antiguos emplearon la del diálogo, y algunos modernos los han imitado; diré brevemente lo que me parece sobre esta manera de tratar los asuntos científicos.

La forma de diálogo tiene á primera vista algunas ventajas: porque dando á las composiciones cierto aire dramático, debe hacer mas interesante su lectura; y porque introduciendo personajes de diferentes opiniones, se pueden exponer con mas fuerza los argumentos en contra. Sin embargo, si se examina bien la materia, hallaremos que estas ventajas, si es que se encuentran en algun diálogo científico (porque en la mayor parte de los hasta ahora publicados faltan absolutamente) no compensan de ninguna manera los inconvenientes que tiene este modo de tratar las ciencias. La incesante repeticion de las fórmulas »dijo

„A, respondió B, replicó C”, si el autor refiere la conversacion, y aunque las suprima (indicándose al margen por las iniciales de su nombre cuando habla cada persona) la necesidad de decir mil cosas extrangeras al fondo de la cuestion para hacer natural y verosímil el diálogo; la repetición inevitable de cada objeción, cuando el uno la propone y el otro la resume para rebatirla; la precisión de interrumpir con frecuencia la exposición de la doctrina para hacer hablar á los otros interlocutores, porque si uno la expusiese sin interrupción los restantes serian personajes mudos; la oscuridad que resulta de esta mezcla de los principios que se quieren establecer, y de las objeciones que se pueden hacer contra ellos; el tono dramático, y de consiguiente algo poético, que es preciso tomar en materias que no le admiten naturalmente: todas estas desventajas, digo, y otras mas que pudieran añadirse, me hacen creer que no conviene presentar bajo esta forma las obras rigurosamente didácticas.

El diálogo viene bien en composiciones satíricas sobre asuntos, ya de moral, ya de crítica. En estas, si se sabe manejar, realza mucho su mérito, y las hace muy interesantes. Porque, como en esta clase de escritos se trata de censurar las extravagancias, los defectos y las ridiculeces que se observan, ya en la conducta de los hombres, ya en sus usos y costumbres, ya en sus creencias supersticiosas, ó el mal gusto, la ignorancia y la pedantería de los escritores; todas estas cosas re-